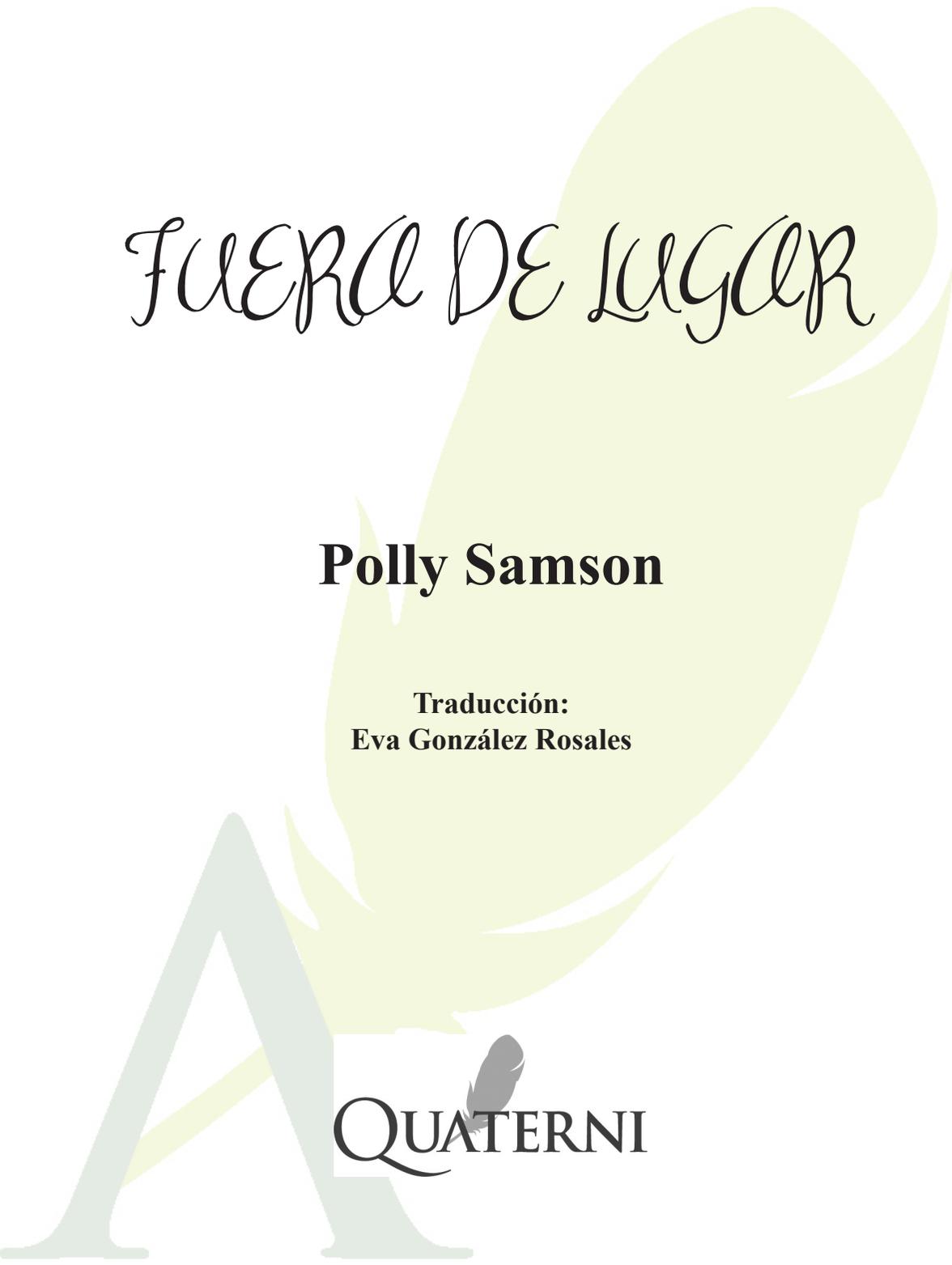


FUERA DE LUGAR

Polly Samson

**Traducción:
Eva González Rosales**

**QUATERNI**

Traducción autorizada de la edición original en lengua inglesa por acuerdo con
Polly Samson c/o Ed Victor Limited
OUT OF THE PICTURE
Copyright © 2000
All rights reserved

Copyright © 2012 Quaterni de la edición en lengua española para todo el mundo

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

FUERA DE LUGAR. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright.

ISBN: 978-84-937770-8-1

EAN: 9788493777081

BIC: FA

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Juliana Raigosa Montoya

Imágenes © Shutterstock

Maquetación: Grupo RC

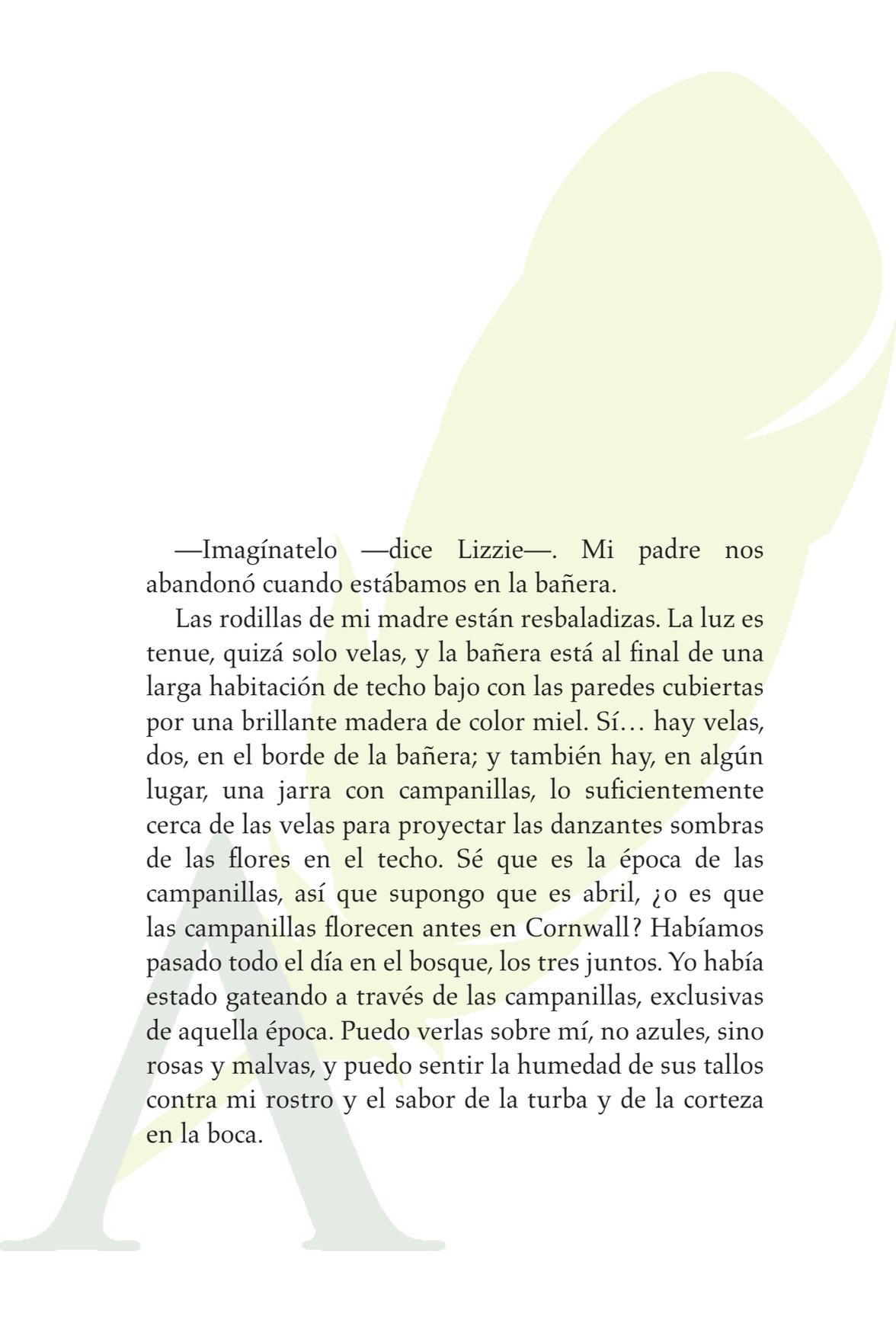
Impresión: Gráficas Eujoa, S.A.

Depósito Legal: M-

Impreso en España

16 15 14 13 12 11 10 (03)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro



—Imagínatelo —dice Lizzie—. Mi padre nos abandonó cuando estábamos en la bañera.

Las rodillas de mi madre están resbaladizas. La luz es tenue, quizá solo velas, y la bañera está al final de una larga habitación de techo bajo con las paredes cubiertas por una brillante madera de color miel. Sí... hay velas, dos, en el borde de la bañera; y también hay, en algún lugar, una jarra con campanillas, lo suficientemente cerca de las velas para proyectar las danzantes sombras de las flores en el techo. Sé que es la época de las campanillas, así que supongo que es abril, ¿o es que las campanillas florecen antes en Cornwall? Habíamos pasado todo el día en el bosque, los tres juntos. Yo había estado gateando a través de las campanillas, exclusivas de aquella época. Puedo verlas sobre mí, no azules, sino rosas y malvas, y puedo sentir la humedad de sus tallos contra mi rostro y el sabor de la turba y de la corteza en la boca.

Mi madre está tumbada en el agua con su largo cabello recogido sobre la cabeza y yo estoy sobre ella, mirando sus tranquilos ojos, su resplandeciente rostro. Está cantando, no recuerdo qué. Pero en aquellos días en Cornwall, cuando yo era un bebé, antes de que fuera demasiado infeliz para cantar, solía cantarme viejas canciones de Cole Porter. "I've Got You Under My Skin" o "Paper Moon", está cantando algo así.

La puerta está abierta y mi padre, mi verdadero padre, Jack, está allí, en el otro extremo de la habitación, mudo como un fantasma, observándonos a través del vapor. Mi madre sigue cantando y él deja caer los brazos, como si la gravedad lo venciera. Dice: «Esto es más de lo que me merezco», y se marcha. Para siempre.

Capítulo 1

Lizzie está perdiendo la cabeza por un hombre cuyo coche vale más que su apartamento.

—¿Quieres que paremos para dar un paseo por el parque? —le dice, alisándole el vestido sobre la pierna, solo con una mano en el volante.

No soy un perro, piensa Lizzie, no necesito un paseo después de cenar, pero no se lo dice a Tony. En lugar de eso le indica que es un poco tarde para ir al parque.

—Estará otra vez lleno de borrachos.

—Está bien, entonces te llevaré directamente a casa —dice él, y continúa acariciándole el muslo mientras baila una zigzagueante y bamboleante tarantela a través del enfurecido tráfico de Londres. Le dice que acaban de pasar junto al Marble Arch, donde solía estar la horca. Allí podían colgar a veinticuatro hombres a la vez, pero Lizzie apenas lo oye.

—Hermosa noche.

Él ignora su estado de ánimo y sube el volumen a J.J. Cale. Lizzie le ha dicho lo mucho que le gustaría ver donde vive, pero él ha hecho oídos sordos.

—Déjame en mi apartamento —le dice, intentando no sonar demasiado malhumorada, demasiado desesperada, demasiado como un *spaniel*, aunque tiene que admitir que llamarlo “apartamento” es exagerar un poco. Lizzie tiene una habitación alquilada en la última planta de una casa victoriana de ladrillo rojo no lejos de la estación de Paddington. Esta habitación no tiene florituras: ni chimenea, ni una sola moldura de escayola en el techo. Es un lugar de mala muerte sin lujos, con una cocina compacta que tiene la encimera de formica desconchada y un baño sin bañera, no mucho mayor que un armario, que aloja un temperamental inodoro y una ducha de plástico, enganchada en la esquina, sin mampara. Lizzie ha descubierto que agacharse sobre el inodoro es el único modo práctico de darse una ducha.

—A tu casa, entonces —dice Tony, deslizado los dedos sobre la fina seda del vestido de Lizzie mientras sus pies se mueven entre los pedales. La chica apoya la cabeza contra la puerta y cierra los ojos.

Ella está pensando en la casa de él, o mejor dicho, en cómo se imagina que es. Se trata de la escena habitual: ella en el baño, metida en burbujas con aroma a pino hasta el cuello. En esta ocasión está sola, aunque a veces se lo imagina en la bañera con ella, y otras, incluso mejor, él está en la habitación, hablándole y frotándole la espalda.

Él está pensando en que es una novedad estar con una jovencita morena, a pesar de que las rubias siempre han sido lo suyo. Cada vez que su mano se mueve hacia el interior del muslo de Lizzie puede sentir cómo se mueven sus músculos, casi imperceptiblemente, como cuando una mosca se posa sobre un caballo. Su ligerísima falda hace poco para ocultar su nerviosismo. Lizzie siempre lleva ropas suaves de colores suaves. Quizá es su modo de decirle al mundo que necesita ser amada.

Mientras él se cambia al carril derecho, preparándose para tomar el desvío de Queensway, Lizzie se preocupa por la rancia mezquindad de su habitación, o más bien por lo que pueda pensar de ella Tony, su nuevo novio. Y allí está ella, otra vez con lo mismo, pensando en él como su novio. Resulta gracioso, aunque también es un poco preocupante; pero “rollo” no suena bien y, dadas las circunstancias, “jefe” sería inapropiado. Tampoco es su pareja, amante, prometido, o marido. Aun no, en cualquier caso, y quizá nunca.

Y él *está* volviéndola loca, aunque Lizzie sospecha que está enamorada. ¿Qué le pasa a ese hombre? Lizzie no entiende por qué no la invita a su casa; después de todo, eso es lo que hace la gente, ¿no? Parece el siguiente movimiento obvio después de tres semanas de cenas y paseos por el parque. Recuerda lo que le había ocurrido un par de veranos antes con Sam, cuando ambos tenían dieciséis años. Él también se negaba a llevarla a su casa. Le dijo que no quería que conociera a su madre, a pesar

del hecho de que él si había estado en su casa y había comido montones de veces con sus padres, e incluso se había quedado a pasar la noche. En la habitación de invitados, por supuesto. Bueno, ella insistió e insistió y, finalmente, la llevó a su casa. Y allí estaba ella, su madre, con el cabello gris tan rizado como si hubiera recibido una descarga eléctrica y sus ojos del color de un charco, removiendo una jarrita de crema. «La hija del Diablo», dijo, mirándola fijamente. «¿Por qué has metido a la hija del Diablo en mi cocina?» Sam miró a Lizzie desde el otro lado de la habitación, avergonzado. Entonces se marcharon y él le dijo: «¿Ves? Te dije que era una mala idea».

La hija del Diablo, la indeseable, la abandonada. Lizzie se había acostumbrado a todas esas etiquetas. A veces miraba la pequeña marca de nacimiento en su cadera izquierda y veía allí, en la abstracta melanina, las pezuñas del propio Satanás. Era una marca de buena suerte, le había dicho su madre, un hermoso lunar. La madre de Sam la había llamado “hija del Diablo”, pero Lizzie quitó importancia al rechazo y se sintió perversamente orgullosa de ser el tipo de mujer que los chicos no quieren llevar a casa: la sirena que hace que las madres teman por los tiernos y jóvenes corazones de sus hijos.

Pero, como Lizzie sabe, Tony no vive con su madre. Qué pensamiento tan bizarro. Su madre tendría que tener al menos doscientos años, sería una auténtica abuelita. Pero hay algo. Mucho después de que él la haya dejado en casa, tras sus tardes de pasta y tiramisú y de

besos robados en un banco del parque de Kensington Gardens, Lizzie se queda despierta, escuchando el zumbido del tráfico y divagando sobre la vida secreta de Tony, sobre los compromisos domésticos que está escondiéndole. Y, para ser honesta, ella ya ha tenido bastante misterio en su vida.

—Tony —dice, controlando su nerviosismo—, ¿vives con alguien a quien no quieres que conozca?

Él aun tiene la mano sobre su pierna; Lizzie cree que tiene derecho a preguntar.

Tony la mira y se ríe. Lo que él ve es una pequeña cara pálida con el ceño fruncido sobre unos redondos ojos de color chocolate: muy seria, como un cachorro. Piensa que tiene un aspecto adorable, mordiéndose el labio de aquel modo, como si tuviera doce años.

—Quizá una novia —le dice, apartándole la mano—. Deja de burlarte, sabes exactamente lo que te estoy preguntando.

Y él sigue riéndose. ¿Con nerviosismo? *Quizá*, piensa Lizzie.

—Caramelito —le dice, y ella se pierde en las alegres arrugas alrededor de sus ojos—, si no estuviera disponible, te lo habría dicho.

Por supuesto, Lizzie sabe un poco más sobre Tony de lo que deja ver. Como podría no saberlo, si todo el mundo habla sobre él en la oficina. “No está mal para tener cuarenta y tantos”, afirmaban todas. “Es un buen partido”, le dijo Lucy, cuya labor era iniciar a Lizzie en las actividades de la agencia fotográfica de Tony, o más precisamente, enseñarle las complejidades del sistema

de archivos, antes de marcharse a su nuevo trabajo. Abría los archivadores con el aire munificente y las uñas esmaltadas de una vieja reina de la belleza entregando a otra su corona.

—Sí, pero aun extraña a su esposa —dijo Paula, una chica más feúcha que había regalado a Lizzie la maceta con el esqueje de cinta que tenía sobre su propio escritorio, y a la que claramente le gustaba la idea de acoger bajo su manto a una chica más joven. Lizzie había pillado a Paula y a Lucy, de vez en cuando, mirando con anhelo la puerta cerrada del despacho vacío de Tony, una habitación casi el doble de grande que el resto de la oficina donde ellas cuatro tenían sus escritorios de metal gris apiñados, uno contra el otro, al estilo de las clases de guardería, aunque en lugar de la cenefa con el alfabeto tenían los mohines y las patéticas extremidades delgadas como limpiapipas de algunas de las fotografías de moda más famosas, que ellas intentaban ignorar.

—Incorrecto. No es a su esposa a quien echa de menos —dijo Lucy—. Es a Sophie. Apenas la ve.

—Qué triste —afirmó Lizzie antes de que Paula la silenciara con un enérgico “Sshh”, y de que Katrina, sobre sus tacones de aguja, apareciera agitando una copia mal archivada como si fuera un arma. A Lizzie ya la habían advertido sobre Katrina. Al parecer era una quisquillosa que gobernaba la oficina con férrea determinación.

Katrina lanzó la fotografía al escritorio de Lizzie y después avanzó a zancadas hasta el despacho de Tony. A veces se escondía allí para trabajar. Cuando necesitaba

concentrarse, decía. Lizzie también había disfrutado de una extraña media hora girando en la nudosa silla gris de tweed del despacho de Tony; pasando el rato del almuerzo con su sándwich, jugando con la hilera de pequeñas bolas plateadas suspendidas que se golpeaban tan dulcemente las unas a las otras. Y husmeando. Sabía que él mantenía cerrado el cajón central de su escritorio, y que había un spray para el aliento de menta en el fondo del cajón superior de la derecha. Había estado sentada allí, como hacía él, mirando la fotografía enmarcada en plata: un informal David Bailey¹ de Tony con su hija, una niña pequeña de carita rosada con leotardos negros. Tony, en esa foto, parecía un león: su mullido cabello y su amplio y bronceado rostro brillaban bajo el sol mientras abrazaba, con sus fuertes brazos, un par de protectoras zarpas, a la pequeña contra su pecho. El fondo eran rosas de tono rosados, y Sophie estaba riéndose.

Lizzie conoció al león en persona durante su tercer día en el trabajo. Tony llegaba tarde a una reunión, pero su aparición fue tan elegante como la de un viejo ídolo de matiné llegando al estreno de una película. De repente, todo el mundo comenzó a sonreír, y Lizzie se maldijo a sí misma por no haberse lavado el cabello en la goteante ducha la noche anterior, y por no haberse puesto para ir a la oficina algo más insinuante que su vieja falda del instituto. Katrina estaba ya allí cuando

1 Célebre fotógrafo de moda inglés.

fue al baño para cepillarse el cabello, y Lizzie notó el olor del perfume. Aquella misma tarde Tony se sentó en su escritorio para pedirle unos sujetapapeles (solo era un truco; Lizzie ya sabía, cómo iba a no saberlo, que él tenía sujetapapeles, y muchos, en el tercer cajón de la izquierda de su escritorio).

¿Era feliz trabajando en la agencia?, le preguntó. ¿Y las demás, estaban siendo amables? Y ella contestó que sí, que lo eran, pero que había algunas cosas que aun no tenía claras y Tony miró su reloj y le dijo: «¿Sabes qué? ¿Por qué no vamos a dar una vuelta dentro de media hora, cuando hayamos terminado aquí? Tomaremos una copa y veremos si puedo ayudarte».

En el semáforo de Queensway Tony aparta la mano de su muslo y señala los árboles. Aun hay luz en el parque, a pesar de que ya han cenado. *Mejor que una salchicha y patatas fritas*, pensó Lizzie, que es lo que hubiera tomado si Tony no la hubiera llevado a L'Escargot después del trabajo. Aquello era lo que comía en el trayecto desde el metro a su apartamento; lo había hecho la mayoría de las tardes desde que abandonó su casa y se mudó a la ciudad.

—¿Alguna vez has oído hablar de Capability Brown?
—le pregunta él.

—Un poco —responde Lizzie, que no tiene la más mínima idea de sobre qué le está hablando, y espera que no la ponga a prueba. ¿Animal, vegetal o mineral? ¿Soldado, marinero, pescador, espía? Aquel “capability brown” podía ser cualquier cosa.

—Capability Brown¹ plantó todos esos árboles —le dice Tony.

Lizzie se anima un poco, le gusta que Tony le cuente cosas interesantes. Le gusta aprender. Le gusta que él sepa más que ella. Se acomoda en su asiento mientras él le habla sobre Capability Brown, que se sentaba con sus binoculares y su sombrero de fieltro mientras los hombres hacían agujeros en los lugares en los que más tarde crecerían los árboles: donde los jóvenes robles, hayas y castaños de indias extenderían sus ramas para las futuras generaciones, mucho después de la muerte del propio Lancelot.

—Los hombres buenos plantan árboles —afirma Tony desde su púlpito tras el volante, y Lizzie no quiere discutir. No le dice que, cuando era un bebé, su verdadero padre plantó un huerto entero de árboles para ella, pero que no se quedó para verlos crecer. Ni a ella tampoco, ahora que lo pensaba.

En lugar de eso observa a Tony mientras habla. Quizá es el vino, pero mirarlo la hace bullir, como si hubiera inhalado gas de la risa o hubiera hecho alguna travesura, y se sorprende ante su propia alegría después de todo lo que le ocurrió en casa. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Ni siquiera un mes, y ya casi ha olvidado que su mundo se ha vuelto cabeza abajo (golpeado, derribado y hecho jirones), aunque aun echa de menos a su madre. Los ojos de Tony parecen turquesas hoy, ojos camaleónicos

1 Lancelot “Capability” Brown, considerado el padre de la jardinería paisajista inglesa.

que cambian del helecho a la aguamarina, y Lizzie intenta descubrir si es el color de su camisa o el cielo, o sencillamente su estado de animo.

Hay muchas cosas que a Lizzie le gustan de él. Le gusta que sepa más que ella, por supuesto, y que sus brazos sean grandes y fuertes y que la llame “caramelito” y “corazón”. Le gusta que le cuente historias de su juventud: de la universidad de Oxford y de los conciertos de Bob Dylan. Generalmente en su coche suena blues, pero a veces pone ópera, y eso también le gusta. Un día, dice él, la llevará al Covent Garden, a la Royal Opera House. Le gusta el hecho de que tenga una latita redonda de caramelos en la guantera. Lizzie abre la tapa y elige un “polvoriento” cuadrado verde lima de su cama de azúcar glas. No tiene que pedirlo, puede coger sus caramelos cuando quiera. Esa es otra cosa que le gusta de él.

Lizzie se recuesta en el asiento, succionando los bordes del caramelo, y cierra los ojos mientras Tony desliza la mano bajo su falda, tan hábil como un ratero: no tan alto como para hacerle cosquillas, pero lo suficiente como para dejar claras sus intenciones. *Y ni siquiera está borracho*, piensa Lizzie, aunque ella sí lo está. Las cosas entre ellos están precipitándose. Se siente como cuando despega un avión: esa sensación de todo-lo-que-subede-bajar del estómago que acompaña a los caramelos de cebada que la azafata reparte. Ha volado solo un par de veces pero ha tenido más aterrizajes agitados de lo que le hubiera correspondido. Ahora volar le da miedo.

Su mano aun está allí. Ella se concentra en lo que ocurrió antes. Tony había terminado su escalope de ternera (lechal, según el menú, él siempre parecía pedir el plato por el que Lizzie sentía más lástima) y extendió la mano para tomar la suya y decirle que pronto se la llevaría a pasar fuera el fin de semana. El modo en el que la miró había tenido un efecto tan grande en su estómago que, por primera vez en su vida, no pudo con el postre. Después él le habló sobre su casa de campo. La de Hampshire, que había comprado con sus ahorros hacía veinte años, antes incluso de casarse. Le habló sobre los lechos de berros y sobre el riachuelo, y sobre lo pronto que había aprendido a nadar Sophie allí, en un agua tan fría y limpia que podías contar los peces.

—Pero supongo que te irás a casa, con tus padres, casi todos los fines de semana —le dijo, haciendo un gesto para que el camarero se marchara, descartando los menús de postres con un giro de su muñeca—. ¿Dónde viven? ¿En Somerset, me dijiste?

—No creo que te lo haya dicho —le contestó Lizzie, imaginándose su casa de campo y a ella misma deslizándose a través del frío riachuelo—. Pero viven en Devon, no en Somerset.

—Ah, Devon —contesta él, y ella asiente.

—Así que es allí donde te escabulles los fines de semana.

—No —le respondió, apartando la mirada—. No lo hago.

De hecho, los fines de semana eran un desierto para Lizzie. Los fines de semana desaparecía, casi literalmente. Apagar la vida durante un par de días, como una pequeña hibernación. Deseaba tener una familia con la que poder volver. Un padre que la mimara después de su agotadora y gris semana en Londres, una madre que se preocupara porque parece más delgada, y que la cebara con patatas asadas. Los fines de semana eran cuando Lizzie se sentía más triste por todo lo que había ocurrido.

Durante la semana, el trabajo (o siendo más precisa, la insegura excitación de no saber si Tony iría a la oficina o no) la sostenía. Pero desde el viernes por la noche al lunes por la mañana apenas abandonaba su apartamento. El sábado anterior, por ejemplo, las chicas australianas de la primera planta habían celebrado una fiesta. Estaba claro que era una fiesta porque Lizzie podía oír voces y risas incluso por encima de la música (B52s y UB40), y porque la gente no dejaba de llamar a su timbre cuando no obtenían respuesta debajo debido al ruido. Se pasó la noche allí sentada, esperanzada, en el rellano de las escaleras, donde el olor del pan de ajo y del chilli con carne era lo suficientemente fuerte para que le picaran los ojos, y observando a la gente que llegaba charlando con botellas en la mano, pero nadie la vio allí.

—Sí, fue estupendo —le contó a Paula cuando volvió al trabajo. Bueno, sus fines de semana siempre estaban salpicados de cenas y de salidas al teatro.

—¿Conociste a alguien agradable?

—¿Agradable? Quizá lo era. Dios, estaba muy borracha.—Y Lizzie bajó los ojos, como si se avergonzara de su díscolo comportamiento.

Solo es cuestión de tiempo, se dijo a sí misma, las cosas pronto comenzarán a mejorar. En realidad lo único que hacía era leer. Un montón. Sobados ladrillos que encontraba en cajas de cartón en el exterior de la tienda de segunda mano. A veces pintaba. Solo con acuarelas que escondía bajo su cama, como la pornografía de un adolescente, pero ocultas solo de sí misma, porque allí nunca había nadie más que pudiera encontrarlas. A veces le pegaba al Benylin¹, y se bebía media botella de aquel dulce sirope rojo para que la ayudara a dormir: aquella somnolencia narcótica que la privaba de sueños era la mejor. Pero siempre lo pagaba a la mañana siguiente con un taladrador dolor de cabeza.

—No —dijo de nuevo a Tony, manteniendo la voz deliberadamente despreocupada—. Los fines de semana no me escabullo a Devon ni en ningún otro sitio, ya ves.

Apretó la mano de Tony y esperó la invitación.

Tony soltó sus dedos y la miró casi con severidad. Lizzie bebió Chablis de su copa. Necesitaba tragar.

—¿Es por el billete de tren?

Lizzie resopló y, para horror suyo, le salió de la nariz un poco de vino.

—No, lo que pasa es que no quiero volver a ver a mi familia, eso es todo.

1 Jarabe expectorante

Tony la miró incluso más severamente entonces, como un director miraría a un chico que ha hecho novillos.

—Debes tenerlos muy preocupados, niña irresponsable. ¿A qué te refieres cuando dices que no quieres volver a verlos?

Él se echó atrás en su silla, poniendo distancia entre ambos, con los ojos duros como el sílex.

Lizzie podía sentir la amenaza de las lágrimas. No quería que se derramaran por su rostro. Para empezar, su máscara de pestañas no era resistente al agua. Bebió un poco más de vino y Tony volvió a llenar su copa.

—Mira —le dijo, secándose la nariz con el dorso de la mano—, no quiero hablar de eso, ¿vale?

Tony no se había acercado, y su boca era aun una dura línea. Lizzie tomó aliento profundamente y lo contuvo, y habló rápidamente para terminar con aquello.

—Mi padre ha hecho algo malo y no quiero volver a verlo. Y mi madre no lo sabe y no quiero tener que decírselo. Y, a decir verdad, después de todo lo que ha pasado es mejor así.

Sus palabras fueron el catalizador que esperaba, y él se suavizó por fin.

—Oh, pobrecilla —le dijo, y Lizzie vio que sus ojos brillaban mientras sus manos buscaban las suyas de nuevo sobre la mesa—. Puedes contármelo, ya lo sabes; podría hacerte bien.

Y durante solo un vergonzoso momento Lizzie se sintió casi agradecida por que su padre hubiera hecho lo que había hecho, pero entonces las lágrimas estuvieron

a punto de derramarse de nuevo y de arruinarlo todo, así que se disculpó y fue al baño de señoras a empolvarse la nariz y a secarse las marcas negras de los rabillos de los ojos. Cuando volvió le habló un poco sobre sus padres, pero no sobre lo que había ocurrido y que había provocado que ella huyera. Y le dijo que, en cualquier caso, su padre no era su verdadero padre; su padre era alguien que no la había visto desde que era un bebé.

Los ojos de Tony no la abandonaron ni un momento mientras hablaba.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lizzie, pero él estaba concentrado mirándola, como si la estuviera viendo por primera vez— ¿Por qué estás mirándome así?

Tony estaba sonriendo. Formó un cuadrado con sus dedos y pulgares y la miró a través de él.

—Tienes algo —le dijo—. Está en tus ojos, hay algo incognoscible en ellos. Algo que me gustaría intentar capturar en una fotografía. —Lizzie notó que se estaba sonrojando; él le rellenó la copa de nuevo—. Y una piel que es como la miel.

—¡Tony, para! No es cierto.

—Sí lo es. ¿Por que no me dejas que te tome un par de fotos uno de estos días?

Después de eso ella siguió hablándole un poco, y él se mostró embelesado. Le habló de sus tres hermanastras pequeñas, Anna, Briony y Lou, que parecían todas pequeñas fotocopias de su padre y que no se parecían ni un poco a su madre y a ella. Y le contó lo ruidosas que eran siempre y que una vez había intentando insonorizar su habitación con papel de burbujas, y que

al no funcionar movió todas sus cosas hasta el ático y colocó sacos de harina como trampas sobre la puerta en su esfuerzo por mantenerlas lejos.

Después de insistir un poco, Tony le permitió dejar el tema de sus padres, y ella se sintió como la chica más interesante del mundo, como una monologuista, una chica muy ingeniosa. E incluso si lo único que quería era hacerle unas fotos... bueno, no importaba. Tony había hecho algunos trabajos muy buenos, *Harper's Bazaar*¹, ese tipo de cosas. Había visto algunas de sus fotografías en las revistas de su madre, conocía su nombre desde hacía años, y ahora estaba allí, escuchándola y riéndose, con algo en sus ojos que Lizzie pensó que debía ser un floreciente afecto, o incluso amor. Un rostro atento era aun una novedad para ella. Como lo era la enorme taza verde oscuro de capuchino que le trajo el camarero (se había detenido a tiempo antes de llamarlo "café con espumita", gracias a dios). Tony tenía una taza verde más pequeña, un *espresso* que lo hacía estremecerse ligeramente después de cada sorbo, como una medicina.

—Está amargo —dijo. Añadió dos azucarillos y los removió, aun escuchando lo que ella le estaba contando sobre un mago al que había conocido en la calle durante su camino al trabajo aquella mañana.

—Te lo juro, es verdad —le dijo Lizzie—. Se quitó el cigarrillo encendido de la boca y lo aplastó en su puño,

1 Célebre revista mensual estadounidense.

y después había desaparecido, sin ni siquiera un poquito de humo. No puedo imaginarme cómo lo hizo, ¿y tú?

Tony negó con la cabeza. No, le dijo, la magia no era lo suyo, y entonces, de repente, se inclinó y la tomó por la muñeca. La atrajo hacia él, guiando su mano bajo la mesa y presionándola contra su entrepierna.

—Mira la magia que haces tú en mí —le susurró.

Y, por supuesto, Lizzie, que aun no tenía diecinueve años, se sintió halagada.